La sociología como socioanálisis: Relatos de Homo Academicus

Loïc J. D. Wacquant

(Traducción: Javier Auyero)

Introducción

Pensador inusualmente productivo e imaginativo, el sociólogo francés Pierre Bourdieu ha producido, durante las últimas tres décadas, uno de los más ambiciosos y fértiles corpus de trabajo sociológico de la era de la posguerra. Sin embargo, la mera extensión y diversidad de sus investigaciones ha dificultado los esfuerzos de sus lectores anglo-americanos por atrapar su comprensiva unidad y, por tanto, su completa originalidad. Abarcando temas como la antropología de la Argelia colonial, la sociología del lenguaje y la cultura (incluyendo la educación, ciencia, literatura y arte, deportes, gusto, y religión), el análisis de clases y política, y la disección de los fundamentos teóricos y epistemológicos de las ciencias sociales, los escritos de Bourdieu pueden parecer, desde fuera, excéntricos y extremadamente dispersos. No permiten una entrada fácil; por el contrario, su apariencia diseminada e intimidatoria han, en más de una oportunidad, provocado una superficial asimilación. Por cierto, un rápido sondeo sobre su recepción en varias áreas de teoría e investigación contemporáneas en los Estados Unidos demuestra claramente la fragmentación, los malos entendidos y la ignorancia selectiva que predomina en la recepción de su pensamiento.

Más allá de la dificultad intrínseca de los textos de Bourdieu y, hasta hace poco, el flujo errático de traducciones al inglés, esta laboriosa y truncada apropiación --y, a veces, directa expropiación-- de Bourdieu en la sociología Americana puede deberse a varios factores (Wacquant, 1989). Entre ellos podemos mencionar a los clivajes institucionales y cognitivos que estructuran el campo de las ciencias sociales norteamericanas e informan la asimilación de productos intelectuales extranjeros; a la inadvertencia sobre el carácter colectivo de la empresa bourdiana (debido al efecto del estereotipo del "patrón" francés y su "círculo"); a la relativa poca familiaridad de los investigadores norteamericanos con las tradiciones continentales de teoría y filosofía que constituyen el telón de fondo del esfuerzo de Bourdieu; y el hecho que las recientes vertientes del pensamiento social francés que los sociólogos norteamericanos han importado (sobre todo el deconstruccionismo derrideano y el "posmodernismo" en su variante Lyotard o Baudrillard) son, a pesar de superficiales afinidades en tópico y estilo, diametralmente opuestas a Bourdieu.

Una preocupación preponderante anima al trabajo de Bourdieu: entender –y combatir- los mecanismos de dominación simbólica. Este proyecto *de una economía política de la violencia simbólica* lo ha conducido, en más de una oportunidad, a disparar sus armas sociológicas hacia los principales protagonistas de la lucha simbólica de clases: los intelectuales.[1] En Homo Academicus, Bourdieu (1998a) aplica su agudeza sociológica y su capacidad interpretativa a su propia tribu, la de los profesores universitarios franceses. Al hacerlo nos da una oportunidad de entender mejor su propio trabajo, a los académicos en general, y nosotros mismos en particular.

[1] De las numerosas áreas de especialización a las que Bourdieu ha contribuido, es llamativo que la sociología de los intelectuales es una de las áreas en las cuales su impacto en Norteamérica es casi inexistente, salvo por las adopciones subterráneas de Gouldner, las recientes importaciones de Ivan Szelenyi, y los esfuerzos parcialmente paralelos de Randall Collins y Jerome Karabel.

Bourdieu, Reflexividad e Intelectuales

Dada su ramificada textura, una comprensión adecuada de Homo Academicus requiere, mínimamente, ubicar el libro en el contexto del proyecto general de Bourdieu. Superficialmente, se podría decir que, a nivel teórico, ofrece una resolución concreta a las complicadas cuestiones epistemológicas planteadas en Outline of a Theory of Practice (Bourdieu, 1977) y en The Logic of Practice (Bourdieu 1980a: Libro I): la necesidad de trascender la implacable oposición entre objetivismo y subjetivismo, razones subjetivas y causas objetivas, y controlar los sesgos intelectualistas inherentes en la mirada científica a los efectos de capturar la dinámica inmanente de la acción social (Bourdieu, 1990). Más sustantivamente, el libro puede verse como un extenso corolario de La Reproducción (Bourdieu y Passeron, 1977), que propone un análisis de la escuela como un agente de disimulación y legitimación de las desigualdades (de clase) sociales, así como un re-examen en profundidad de las partes de La Distinción (Bourdieu, 1984) que exploran el rol del capital cultural institucionalizado en la política y en el desarrollo de estrategias sociales de distinción. Finalmente, Homo Academicus constituye un preludio a --y una parte crítica de-- el último, y quizás más ambicioso, libro de Bourdieu (1989a), en el cual el sociólogo francés analiza la estructura y las luchas internas de la clase dominante, y el conjunto de mecanismos de consagración y naturalización que enmascaran y perpetúan su dominación, dando indicios de una teoría general del poder tecnocrático. Sin embargo, debido a su tema y a su dimensión auto-referencial, el estudio de los académicos franceses es quizás el eslabón más crítico en la larga cadena de las investigaciones de Bourdieu: el anclaje que, por último, otorga solidez a las demás.

Sin duda, el interés científico de Bourdieu por los intelectuales tiene, como mucha de su sociología, un importante componente autobiográfico: la "trayectoria del milagro" que lo ha llevado desde una de las regiones más bajas del espacio geográfico y social francés (un remoto pueblo rural en Béarn) a la cima de la pirámide intelectual de su país (el College de France en Paris) explica su sensación de estar fuera de lugar en el mundo universitario. Así escribe,

> Muchas de las preguntas que dirijo a los intelectuales, quienes tienen tantas respuestas y, de última, tan pocas preguntas, están sin duda enraizadas en el sentimiento de ser un *extraño* en el universo intelectual. Interrogo a este mundo porque este mundo me interroga a mi, y de una manera muy profunda, que va más allá del mero sentimiento de exclusión social: Nunca me sentí completamente justificado de ser un intelectual. No me siento "en casa"; siento que debo dar respuestas –a quién, no lo sé- por lo que me parece ser un privilegio injustificable (Bourdieu, 1980b:76).

Pero Bourdieu también tiene en mente un definido objetivo científico cuando dirige su mirada a sus pares y a sí mismo: quiere demostrar, de manera casi experimental, que la reflexividad sociológica hace una diferencia cognitiva, no meramente existencial o retórica, en la investigación social (ver también Bourdieu, 1982).

Homo Academicus ocupa entonces un lugar muy particular en la obra de Bourdieu: es el libro más personal y, a su vez, más impersonal. Llega hasta las experiencias internas de la biografía del autor aunque yace en el centro de su empresa científica. Siendo una investigación reflexiva del universo intelectual, representa una raramente practicada forma de "auto-análisis sustituto" (**by proxy,** Bourdieu, 1988a:xxvi) que, a la vez, se ubica como epítome de una ciencia auto-crítica de la sociedad. Homo

Academicus realiza de manera acabada la dialéctica de "compromiso y distanciamiento", sobre la que Elias (1987) habló con tanta elocuencia. Por todas estas razones es un libro muy querido por Bourdieu, como lo demuestra la cándida admisión de sus reparos sobre y angustia frente a su publicación.

Lo que distingue a Homo Academicus de la siempre creciente masa de estudios que buscan catalogar, categorizar, elogiar o reprobar a los intelectuales es que, en lugar de tomar un punto de vista parcial o partidario sobre el mundo en el que él se desempeña, Bourdieu revela *la totalidad del juego* que genera tanto a los intereses específicos de los intelectuales como la visión unilateral que cada participante tiene de los intereses de los otros. Bourdieu enfatiza que estos intereses, "son completamente irreducibles al interés de clase tradicionalmente denunciado por la artillería pesada de la sociología marxista de los intelectuales, cuyas balas son grandes pero vuelan sobre nuestras cabezas" (Bourdieu y Eribon, 1984:87). Los intelectuales son movidos por fuerzas, motivados por intereses, y poseedores de formas de poder que son específicos del campo intelectual; sólo sesgos profesionales hacia escapismos políticos podrían justificar empezar el análisis en otro lugar.

¿Cuáles son estas formas de poder? Un análisis de la distribución relacional de los profesores de acuerdo a sus orígenes sociales y conexiones, sus recursos políticos y económicos, sus trayectorias académicas, sus títulos, prácticas profesionales, renombres, y posturas políticas, da como resultado una imagen quiasmática que reproduce consistentemente la estructura de la clase dominante. De lado de las disciplinas "temporales dominantes", la medicina y las leyes (a las cuales uno debería sumar a las escuelas de negocios, cuyo desarrollo ha sido espectacular en Francia desde los sesenta; ver Bourdieu, 1989a:185-328), el poder está esencialmente basado el *capital académico*, esto es, en el control sobre los instrumentos materiales, organizacionales, y sociales de reproducción del cuerpo docente. Del lado de las disciplinas culturalmente autónomas, simbolizadas por las ciencias naturales, el poder está enraizado principalmente en el *capital intelectual*, esto es, prestigio y capacidades científicas definidas por y entre pares. La oposición entre estos dos polos refleja a la oposición de las dos fracciones principales de la clase dominante, con los hombres de negocios, ejecutivos, y funcionarios estatales en el lado del poder político y económico versus los artistas e intelectuales en el lado del poder simbólico y cultural. Entre ambos polos, las humanidades y las ciencias sociales están, de forma similar, organizadas internamente alrededor del conflicto entre la autoridad científica y la sociopolítica.

Bourdieu demuestra que el *campo* de la universidad, entendido como un conjunto de relaciones objetivas entre las varias posiciones y disciplinas resultantes de la distribución de estas especies de capital, es el lugar de una lucha constante destinada a alterar su misma estructura. El poder académico y el prestigio intelectual son, al mismo tiempo, armas y objetos en pugna en la lucha académica de todos contra todos. Y la posición dentro de esta estructura determina, a través de la mediación de la selección y del condicionamiento específico, las estrategias que sus ocupantes adoptan a los efectos de imponer este o aquel principio de jerarquización dentro de ese universo específico. Una vez mapeado la estructura inmanente del espacio académico, Bourdieu procede a desenmarañar la lógica de su transformación, bajo la presión de fuerzas morfológicas como el crecimiento del número de estudiantes y profesores, cambios en el reclutamiento social de profesores y estudiantes, y la inflación de las credenciales, que, por último, culminan en los eventos de Mayo del 68. Esto le permite establecer que la *homología* entre posición (en la estructura de la distribución de varias especies de capital en el campo universitario), disposición, y tomas de partido, opera no sólo en las practicas profesionales de rutina de diferentes tipos de profesores sino que, de manera más

importante, dicta las opiniones y acciones explícitamente políticas tomadas en un periodo de crisis. En síntesis, las estrategias profesionales, las tendencias políticas, e incluso, la producción intelectual de los académicos, quienes gustan pensarse como libres e independientes (*"freefloating"*) –como en la *freischwebende Intelligenz* de Mannheim- y como exentos de determinismos, resultan ser bastante –aunque de manera compleja- determinados por su ubicación y trayectoria en el espacio académico.

Homo Academicus es, entonces, la antítesis de un panfleto destinado a imponer una visión particular sobre los intelectuales, tomada desde el interior del propio universo intelectual, como la verdad objetiva de este universo. Emblemas de este tipo de panfleto son *The Last Intellectuals* de Jacoby (1987) en los Estados Unidos, y *La pensée 68* de Ferry y Renault (1986) en Francia, dos ensayos que elevan la lucidez parcial e interesada al estatus de principio epistemológico. De igual manera, ninguno de los recientes estudios sobre corrientes intelectuales de Birnbaum (1987), Bové (1986), Hughes (1988), o Johnson (1988), para nombrar algunos, se toman el trabajo de examinar de manera sistemática la red de instituciones que, debido a su configuración, produce a los productores intelectuales y da forma a la producción simbólica.[2] El análisis de las relaciones objetivas de los varios protagonistas en el campo de fuerza que opera en y sobre la universidad, incluyendo la ubicación y punto de vista del analista (como una "visión tomada desde un punto" dentro de ese espacio), constituyen el prerrequisito de cualquier sociología rigurosa de los intelectuales.

Así como lo fue en su momento La Distinción (ver Garnham, 1986, para un análisis de La Distinción desde esta perspectiva), en un cierto sentido Homo Academicus es tanto una provocación deliberada, aunque medida, y una intervención política en la política académica. El libro de Bourdieu es un arma que el espera sea utilizada en las luchas académicas para ayudar a incrementar la autonomía del campo científico y, por tanto, la responsabilidad política de sus participantes. Para el sociólogo francés, no hay oposición entre autonomía y compromiso. En realidad, la "combinación inestable" de estas dos dimensiones, la científica y la política, es lo que para él define la especificidad del intelectual moderno como un "ser paradoja, bi-dimensional" históricamente dedicado al "corporatismo de lo universal" (Bourdieu, 1989d; también Charle, 1990). Así como la crisis de Mayo de 1968 abrió un espacio para el trabajo político al quebrar la *doxa* prevaleciente en la sociedad francesa, la esperanza de Bourdieu es que Homo Academicus provocará, si bien modestamente, la especie de ruptura con la aceptación dóxica del mundo académico existente que pueda ayudar a abrir nuevos espacios para la libertad y la acción intelectual. La publicación del libro crea al menos la posibilidad de una generalización del cuestionamiento que efectúa: cada lectora puede reproducir o extender el análisis para sí misma, de tal manera que el trabajo de objetivación del sujeto objetivante puede eventualmente convertirse en la tarea de todo el campo científico.

Leyendo Homo Academicus

Para los lectores extranjeros, y en particular para los cientistas sociales norteamericanos, Homo Academicus es valioso por distintas razones. En primer lugar, como un estudio de caso de la escena académica francesa desde la década

[2]Boschetti (1988) es una notable excepción quien analiza la "empresa intelectual" de Sartre utilizando el concepto bourdiano de campo intelectual. Una comparación de Homo Academicus con algunas de las "autobiografías sociológicas" de ocho de los más importantes sociólogos norteamericanos aparecidas en Sociological Lives (Riley, 1988) también nos da una medida del abismo que separa a la reflexividad científica con el auto-análisis nativo (ver Wacquant 1990, para una discusión de este punto). Ver también el importante artículo de Ringer (1990).

del sesenta, viene a llenar críticos vacíos en nuestra comprensión de la historia intelectual reciente: el surgimiento del estructuralismo y el así llamado postestructuralismo (semiología, arqueología, gramatología, etc.), y las transformaciones subsiguientes en el arcano mundo de la teoría social y cultural francesa, son firmemente ubicadas en su contexto organizacional y político. El libro nos pasea por un paisaje raramente visitado con semejante compañía: habiendo ocupado un lugar institucionalmente marginal pero intelectualmente central en el campo intelectual francés de ese momento, Bourdieu ha estado en una posición muy especial para tal fin.[3] Su aguda percepción de los detalles le permite capturar el sentido de *pathos* y vibración del mundo que describe. El conocimiento nativo que Bourdieu posee de la academia francesa no se interpone en el camino de un exigente análisis científico; por el contrario, lo enriquece y le permite combinar explicación objetiva con comprensión subjetiva.

Homo Academicus también tiene valor como un *ejemplar* --en el sentido que Kuhn (1970) le dio al término-- del proyecto bourdiano al ilustrar vividamente el funcionamiento de su paradigma. En él, cobran vida las nociones de capital, habitus, campo, y violencia simbólica (ver Bourdieu, 1977, 1979, 1980a, 1985, 1986a, 1986b, 1987, 1988b, 1989b), las cuales forman el fundamento conceptual de su teoría de la práctica. De manera sustancial, el libro también trata de un tópico que Bourdieu ha tendido a descuidar en sus más conocidas incursiones previas: la dinámica de la crisis y transformación estructural. El último capítulo en donde Bourdieu presenta un análisis de los eventos de Mayo del 68 contiene el embrión de una teoría de la revolución como el producto de la sincronización de crisis localizadas en campos estructuralmente homólogos, y una reflexión sobre la espontaneidad y la determinación en los movimientos sociales y en la acción política. Por último, el libro nos entrega una *demostración experimental* de las virtudes y las particularidades distintivas de la reflexividad sociológica tal y como la concibe Bourdieu. Clarifica las profundas diferencias que la separan de la reflexividad de Gouldner, otro conocido exponente de la "sociología reflexiva" (Gouldner, 1970; ver también Phillips, 1988; Swartz, 1989). Para el pensador francés, la reflexividad implica principalmente, no una atención moral a las experiencias privadas del analista, sino un esfuerzo por controlar sociológicamente las distorsiones introducidas en la construcción del objeto, en primer lugar por la posición y disposiciones del sociólogo dentro del *espacio académico* (y no de la estructura de clases más general), y en segundo lugar por el mero hecho de tomar una perspectiva contemplativa vis-a-vis el mundo social, esto es, adoptar un "punto de vista escolástico" sobre la sociedad (Bourdieu, 1990). El tipo de reflexividad bourdiana también difiere profundamente de aquella que proponen los cientistas sociales "posmodernos" en el sentido que está diseñada para fortalecer las afirmaciones de una ciencia de la sociedad, no para socavar sus fundamentos en una estéril celebración del relativismo que le abre la puerta al nihilismo político y epistemológico.[4]

---

[3]Bourdieu fue estudiante de Canguilhem y otros filósofos de la ciencia franceses (Alexandre Koyré, Eric Weil, y Gaston Bachelard), y fue, por un tiempo, el *protegé* de Raymond Aron antes de su ruptura producto de los desacuerdos sobre la revuelta de Mayo del 68. Su precoz nominación en la *Ecole des Hautes Etudes Sciences Sociales* en 1964, fue apoyada por la que quizás sea la más célebre *troika* de las ciencias sociales francesas: Aron, Lévi-Strauss, y Fernand Braudel. De allí, Bourdieu fue directamente al Collége de France en 1982, sin haber tenido que someterse al ritual académico de la sacrosanta *these de doctorat d´Etat.*

[4]"La reflexividad no es un fin en sí mismo...(o) una forma de 'arte por el arte mismo'...En Homo Academicus, yo utilizo los instrumentos provistos por la reflexividad para controlar los sesgos introducidos por la no-reflexividad y para progresar en el conocimiento de los mecanismos que pueden alterar mi reflexión. *La reflexividad es una herramienta para hacer más ciencia, no menos*. En segundo lugar, al ayudar al progreso de la ciencia y, por tanto, al crecimiento del conocimiento sobre el mundo social, *la reflexividad hace posible una política más responsable*, tanto dentro como fuera de la academia" (en Bourdieu y Wacquant, 1989:21, cursivas en el original).

A nivel metodológico, varias son las lecciones que se pueden aprender de Homo Academicus.[5] En primer lugar encontramos la utilización innovadora que Bourdieu hace de las fuentes de datos y su intrincada combinación de diversos abordajes metodológicos. Merece atención el uso peculiar de los métodos estándares: no solo valida o triangula frecuentemente sus resultados *ex post* con otros métodos --la adecuación entre los varios resultados que así se genera reemplaza la discusión técnica sobre los intervalos de confiabilidad, y otras cuestiones similares--, también lee los datos cuantitativos "etnográficamente", esto es, como medios exploratorios o confirmatorios de localizar regularidades subyacentes, al mismo tiempo que suele interpetrar observaciones de campo "estadísticamente", esto es, con la intención de extraer inferencias y elaborar relaciones entre variables (esto es aún más cierto en La Distinción (Bourdieu, 1984), algo que la mayoría de los comentaristas del libro pasaron por alto). En particular, el uso creativo y parsimonioso del análisis de correspondencias (una variante avanzada del análisis factorial desarrollada por la así llamada escuela francesa de análisis de datos liderada por J. P. Benzécri, Rouanet, Tabard, Lebart, y Cibois; ver Greenacre, 1984, y Lebart y otros, 1984, para dos recientes exposiciones en inglés) debería alertar a los investigadores norteamericanos sobre el rico potencial que esta técnica de examen estadístico tiene para la investigación social. Hay quienes estarán agotados al perder el convencional apoyo del análisis estadístico multivariado norteamericano. Otros serán estimulados por esta estrategia metodológica y concederán que sus sustanciales ventajas valen la pena. Collins (1989:460) no ha dudado en apodar a Bourdieu, de manera un tanto provocadora, "el investigador por encuestas más exitoso del mundo" por abrir esta senda.

Bourdieu realiza otra rara contribución a la metodología social al reflexionar sobre el acto de *leer ciencias sociales*: la comunicación sociológica necesita de una forma de lectura que no fusione el lenguaje construido del análisis científico, el cual se aplica a "individuos epistémicos" o construidos a los efectos de satisfacer funciones cognitivas, con la lógica del entendimiento de sentido común, que prospera gracias a las denuncias performativas de "individuos empíricos" (Bourdieu, 1988a:21-26; ver también McCleary, 1989:378). Últimamente se ha gastado mucha energía en la *cuestión* de la retórica y la escritura en la producción del discurso de las ciencias sociales (entre las obras más notables, se pueden mencionar, Edmonson, 1985, Becker, 1986, McCloskey, 1985, Brodkey, 1987, Van Maanen, 1988, y Brown, 1989). Bourdieu demuestra que deberíamos prestar igual, sino más, atención a las maneras en las que el modo de consumo del conocimiento sociológico da forma a su carácter y evolución.

En términos teóricos, Homo Academicus interviene, aunque inadvertidamente, en el debate "micro-macro," señalando *una salida más allá del mismo.* Bourdieu (1988c; también 1981) se niega rotundamente a quedar atrapado en lo que considera una falsa antinomia. Aparentemente, Bourdieu parece ubicarse contra los reduccionistas radicales, de tendencias tanto micro como macro, al reconocer que cada nivel de análisis puede ser aprovechado productivamente sin necesidad de reducirlo al otro. Pero mirado más atentamente, el mensaje más importante es lo que separa a Bourdieu de los estudiosos norteamericanos que tratan este tema y la manera en que él lo reformula por completo. En primer lugar, confronta --o mejor dicho, circunvala-- el problema de manera *empírica*, en el curso de la construcción de su objeto concreto de investigación, en lugar de tratar de resolverlo a un nivel puramente abstracto, conceptual, a la Giddens, por ejemplo, en el cual la resolución

[5]"Un texto complejo y serio, este análisis constituye, sin duda, uno de esos raros e irremplazables instrumentos para la pedagogía de la investigación, riguroso aunque abierto, el cual representa el mejor antídoto contra las pobres certezas del fetichismo teórico y metodológico" (Arliaux 1985:713). Inglis (1988:18) señala que el primer capítulo del libro "es un discurso sobre el método excepcionalmente severo y exigente".

es, en gran medida, terminológica. En segundo lugar, Bourdieu disuelve efectivamente la distinción entre los niveles de análisis macro y micro mediante la utilización de *conceptos disposicionales* tales como habitus, que capturan su interpenetración (Brubaker), y mediante una fenomenología estructural de las luchas clasificatorias que fusiona el análisis de la causalidad social objetivada e incorporada (ver también Bourdieu y Boltanski, 1981; Bourdieu, 1984, 1989a, y 1989b). Habitus es un complejo multidimensional de esquemas generativos mentales y corporales, "un sistema de estructuras internalizadas, subjetivo pero no individual" (Bourdieu, 1980a:101) que estructura practicas y representaciones. Efectúa, desde dentro, la reactivación de significados y relaciones objetivadas "fuera" como instituciones. En tercer lugar, Bourdieu no toma como su unidad de análisis al "actor" (como en las varias versiones de la teoría de la acción racional), a la "situación" (como lo hacen diversos constructivistas), ni a la "estructura" (como lo requieren los estructuralistas o funcionalistas), sino a la *relación entre dos estados de la historia* representada por el habitus --la historia encarnada en el cuerpo como *disposiciones*-- y por los campos --la historia "congelada" en forma de instituciones o de un espacio objetivo de *posiciones*. Su investigación de las estrategias académicas y políticas de los intelectuales franceses demuestra, de manera concluyente, que los "actores, están siempre estructuralmente constituidos, siendo cada habitus la permutación individualizada de estructuras sociales internalizadas en la forma de categorías cognitivas y evaluativas (Bourdieu, 1980a:101). Las situaciones también están estructuralmente condicionadas: sus propiedades más esenciales se derivan de su ubicación en una red de campos jerárquicamente interconectados que permanece invisible siempre que el analista restrinja sus observaciones a los procesos interactivos en sí mismos; y esos factores coyunturales se vuelven eficaces sólo cuando son activados por agentes que poseen las categorías pertinentes de percepción y apreciación. En una discusión de prácticas deportivas, Bourdieu (1988d:155) señala la determinación estructural de los procesos interactivos de la siguiente manera: "Si yo no sé que las perturbaciones en Urano están determinadas por Neptuno, voy a cree que entiendo lo que pasa en Urano, cuando en realidad sólo entiendo los efectos de Neptuno."

Semejante abordaje empíricamente fundado, junto a una reconstrucción teórica (en el sentido de *Nachbildung* --no de "deconstrucción") del enigma micro-macro, es claramente más prometedor que la exégesis puramente conceptual o la canonización ritual del problema.[6] En Homo Academicus, Bourdieu constantemente oscila entre estructuras y "actores" (o, mejor dicho, agentes como él insiste por razones teóricas discutidas en cierta extensión en los alertas metodológicos que abren el libro) y desenmaraña la lógica de su mutua constitución. De esta manera, verdaderamente trasciende esta dicotomía dentro de un relativamente limitado continuo de espacio y tiempo. Lo que aún no ha hecho en el nivel histórico y societal es trazar un bosquejo detallado de la progresiva diferenciación y articulación de los campos, y una teoría dinámica de su colectiva configuración y trayectoria –que no

[6]Hasta ahora el debate micro-macro ha generado más calor que claridad (pero, vease Collins, 1988). Se ha convertido en una moda intelectual y para los sociólogos norteamericanos parece estar a punto de convertirse en lo que el estructuralismo era para muchos cientistas sociales y filósofos franceses a mediados de los sesenta: un distintivo de destreza teórica. El problema es incluso proyectado hacia atrás, hacia toda la historia de la teoría social (por ejemplo, Alexander y Giesen, 1987), como lo era el estructuralismo antes, en su versión marxista. Esto es de lamentar porque, cuando la formulación actual del problema desaparezca (como sucederá una vez que los "teóricos" se ocupen de problemas más nuevos), los inexorables problemas de metodología y epistemología que lo sustentan han de permanecer. A su vez, el enigma micro-macro se ha vuelto parcialmente unido a la controversia racionalidad vs. normas o cultura en la teoría de la acción (por ejemplo, Elster, 1986, 1989; Friedman y Hechter, 1988; Coleman, 1986, 1987; Sewell, 1987; y Hindess, 1988; ver también Wacquant y Calhoun, 1989, para un examen crítico de esta discusión), y ha ayudado a que los modelos económicos individualistas retomen su injustificada legitimidad, recreando así las condiciones para una estéril repetición de un debate ya realizado hace un siglo entre Tarde, Durkheim, Spencer y otros.

sea en la forma de proposiciones amplias sobre el dominio fundamental del campo económico y la progresiva autonomización de los campos del arte, de la ciencia, y del estado, etc., en las sociedades modernas. Para ser justos, hay sí indicaciones dispersas de que esta es una tarea que Bourdieu (1988b) no considera que valga la pena realizar o que sea realizable en esta etapa "pre-galileana" en el desarrollo del conocimiento social.

Usando Homo Academicus

Sin embargo, el mayor valor de Homo Academicus quizás resida en la amenaza simbólica que éste de hecho realiza a la organización cognitiva e institucional del campo de la sociología norteamericana. Este trabajo viola por completo el consenso de trabajo (*working consensus*) --para usar el muy apto concepto de Goffman-- que actualmente divide a los "teóricos" y los "investigadores," y que permite que cada lado prácticamente ignore al otro, mientras se aparenta estar de acuerdo con la muy necesaria integración entre trabajo conceptual y empírico. Bourdieu (1988c, 1989b) ha explicado que no le importan en absoluto los límites disciplinarios, y que rechaza la distinción "teológica" entre marxistas, weberianos, durkheimianos, y que espera que llenar el vacío que separa a las perspectivas subjetivistas y constructivistas de las objetivistas y estructuralistas. En las páginas de Homo Academicus él prueba todo esto pero, en el transcurso, también convierte en obsoleta la actual división del trabajo entre teoría, metodología, e investigación. Así nos fuerza a re-examinar críticamente a la que probablemente sea la dicotomía más profundamente enraizada y más dada-por-descontada en nuestra práctica científica.

De esto se desprende que no podría haber un mal entendido mayor que el de reducir a Homo Academicus a una anotomía-fisiología clínica de la única especia *homo academicus gallicus.* Si bien muchos de los hallazgos sustantivos de la investigación de Bourdieu no necesitar ser, ni serán, sostenidos para otros contextos sociales, dadas las diferencias en la evolución histórica de cada campo académico dentro del campo nacional de poder y en su ubicación relativa en el emergente complejo de la "sociología mundial" (Bourdieu, 1989c), la validez del método y la potencia del modelo general que ofrece trascienden claramente su contexto de origen. Su estatus paradigmático, los temas epistemológicos que confronta, y los instrumentos de análisis que nos suministra, todos desmienten una interpretación monográfica del libro. La teoría de Bourdieu incluso sugiere que semejantes rechazos del estudio como "idiosincrático" de Francia son, con toda probabilidad, mecanismos de defensa que deben ser ellos mismos objeto de investigación sociológica. Por más que uno quiera, como bien dice Inglis (1988:18), "desecharlos como la fantasmagoría de un denso francés", los análisis de Bourdieu tienen un poder que puede cambiar la manera en que nos vemos y nos pensamos como intelectuales, siempre y cuando queramos hacer el trabajo de transposición para descubrir, razonamiento homológico mediante, lo que él nos dice sobre los profesores norteamericanos al hablar de sus primos transatlánticos. Esos análisis nos proporcionan guías para ser seguidas y estándares para ser emulados cuando reflexionamos sobre nuestro propio mundo académico.

El desafío y llamado fundamental de Homo Academicus es, por ende, someterlo a una *lectura generativa*, esto es, tomar las herramientas socioanalíticas que este nos suministra para construir una economía política igualmente rigurosa e intransigente del campo intelectual norteamericano a los efectos de des-cubrir su estructura invisible, localizar las formas específicas de capital que son eficaces en él, e incrementar nuestra conciencia colectiva sobre los determinismos ocultos que regulan nuestras prácticas como productores simbólicos. Sólo cuando hagamos esto, el objetivo de Bourdieu será cumplido: la tarea de reflexionar sociológicamente

sobre el mundo de la producción sociológica se habrá convertido en la empresa colectiva que nunca debería haber dejado de ser. Como un tren que carga con sus propias vías, Homo Academicus entra en la estación de la Academia norteamericana y espera que nos subamos a la locomotora.

Agradecimientos

Quiero agradecer a David Stark, Rogers Brubaker, y Charles Tilly por sus muy útiles comentarios a una versión anterior, aún cuando elegí no hacerles caso. La escritura de este artículo fue financiada en parte por una beca Lavoisier del gobierno francés.